

*La Real Cédula de 1768 –dio Intxaustik– es la primera norma positiva que prohíbe sin ambages la enseñanza del catalán en las escuelas primarias de todas las tierras de lengua catalana (21. orr.).*

Nafarroan gauza bera gertatzen zen. Baina batzutan Espainiak ezer zakarki debekatu beharrik ez zuen. Aski zuen hizkuntzari *gizarte-funtzioak* kentzea (“hacer que no sirva para nada” esan nahi du oso argiro herri xeheak). Administrazioetik eta irakaskuntzatik at jartzea, eta “berez” hiltzen uztea.

Maltzurki jokatzeari aski: *[El Corregidor] pondrá el mayor cuidado en introducir la lengua castellana, a cuyo fin dará las providencias más templadas y disimuladas, para que se consiga el efecto sin que se note el cuidado*” (1717, Kataluñan, ikus 18. orr.). Horretarako, eta Estatuak eskuak libre izan ditzan, *okupazio militarra* da lehenengo urratsa (12, Intxausti-ren atalena). Herria erabat menderatzea aurrenik.

Hitz batez: euskaltzale guztiek xeheki eta arreta osoaz irakurri eta ikasi behar lukeen liburu mamitsu bat. Agian bai!

“Txillardegí”



LACASTA-ZABALZA, José Ignacio  
**España uniforme**

Pamplona : Pamiela, 1998. – 365 p. : il. ; 21,5 cm. –  
(Ensayo y testimonio ; 32). – ISBN: 84-7681-296-5

La sustancia de este libro es la indignación intelectual y moral de su autor ante el pensamiento español políticamente correcto predominante en este tiempo finisecular, un pensamiento tan débil de fundamentos como desmemoriado según José Ignacio Lacasta Zabalza. Por decirlo pronto y bien, es un libro hecho con tanta pasión como razón. Esto último, las razones, las pone, por oficio, el catedrático que piensa más y mejor cuanto más se sitúa en la heterodoxia, a contracorriente de esa *España uniforme* que aquí se critica oportunamente. Mientras que lo primero, la pasión, le viene *dada* por su genética navarra, pido excusas públicas por esta concesión al estereotipo, y sobre todo por el imperativo íntimo de su propia biografía. Tal vez por ello mismo, se trata de un libro reconfortante para tantas y tantos lectores que se sienten ofendidos un día sí y otro también por los juicios y comentarios de prepotentes columnistas, tertulianos y presuntos intelectuales de la vida social española. La severa crítica que se les asesta en este libro es como un bálsamo impagable del cabreo realmente existente en esa parte de la ciudadanía, lo he constatado personalmente entre mis amistades, aunque para mi gusto prefiero la metáfora del cazador, Lacasta, que sale de caza a cobrarse sus piezas preferidas, empujado por sus propias querencias.

En cualquier caso, aparte de satisfacer las necesidades propias o las de otros, la *España uniforme* de José Ignacio Lacasta Zabalza es un libro que se sostiene en unas cuantas ideas fuerza, poderosas y claras, que lo atraviesan de arriba abajo.

Una de ellas es la defensa de una determinada idea del derecho: que ha de traducir en normas vinculantes la carga ética y utópica de la lucha por una vida más humana y civilizada, idea recibida de excelentes maestros como Beccaría, Ihering y Kelsen, entre otros, a los que rinde un explícito homenaje. Para Lacasta, el derecho ha de servir para sujetar al poder y para defender las libertades individuales: “*hasta el estado de derecho se debe someter al derecho*”; no ha de ceder nunca jamás ante la fuerza ni ante la opinión pública(da) ni ante la alarma social; ha de ser igual para todas las personas, sin excepciones jurídicas antiterroristas o de cualquier otra clase, porque incluso el más depravado de los criminales tiene una dignidad personal que el derecho debe proteger. Mientras la *intelligentsia* española no se empape seriamente de ideas como estas habrá que solicitarle a Lacasta que no guarde su escopeta de caza en el arcón del desván.

La implicación de este libro en el esfuerzo moral e intelectual por recuperar la memoria antifranquista es otra de sus ideas fuerza. Lacasta denuncia la falsificación del franquismo en un triple plano de cosas: 1) en la pretensión de dejarlo en nada más que una “dictablanda”; 2) en el intento de jibarizar la resistencia antifranquista, en particular de la que mejor conoce Lacasta habida cuenta su propia vivencia: la que aflora en la juventud radical antifranquista de los años sesenta, cuya verdadera realidad queda reducida a pura caricatura de lo que fue; 3) en la contumacia de hacer invisible la España de los perdedores, la más perversa sin duda de las tres. La mirada de Lacasta es tan lúcida y amarga como apasionada a este respecto. Por un lado, sabe que los “delitos” de esa España perdedora e invisible durante los cuarenta años de franquismo son directamente correlativos a los derechos fundamentales que protegen hoy la dignidad de todos, pero también sabe, de otro lado, que la sociedad española valora más su seguridad que sus libertades según señalan las encuestas y no parece apreciar demasiado ni el resultado obtenido: esos derechos fundamentales, ni a quienes han contribuido a hacerlo posible: tantos y tantas antifranquistas ninguneados en su dignidad personal. El hecho de que esto tenga una explicación plausible, ya se sabe que el antifranquismo realmente existente fue hasta la muerte de Franco cosa de minorías muy minoritarias fuera de Euskadi y Cataluña, no desactiva la crítica ni atenúa la decepción de su mirada.

La conclusión de Lacasta a propósito de esto: que es una pretensión vana tratar de construir un patriotismo español constitucional basado en la desmemoria de lo que fue y supuso el franquismo, nos conduce a la tercera de las ideas fuerza de este libro. Me refiero a la crítica del patriotismo español políticamente correcto.

Lacasta desvela la debilidad intelectual y moral de un sentimiento patriótico que se asienta, además de en ese lamentable olvido del franquismo, en una clave “anti” respecto a los nacionalismos periféricos vasco o catalán: antinacionalista y antiseparatista y antiterrorista, habitualmente tan negativa y desmesurada que más parece una patología que una expresión intelectual. Si se mira bien, no es más que un compendio de tópicos, de intransigencia y de frivolidad argumental, presentes en proporciones similares lo mismo en literatos actuales de postín que en personajes de ayer como José Antonio Primo de Rivera. Pero lo más relevante, por sus perversas consecuencias políticas y morales, es el menosprecio que manifiesta esta crítica “anti” por la voluntad popular democráticamente expresada. Lacasta cuestiona la credibilidad del patriotismo constitucional español que no reconoce la plurinacionalidad del estado español, de cuya diversidad nacional dan un testimonio cotidiano esos nacionalismos de la periferia que afirman una idea nacional distinta a la española. Ésta, y la de digerir la memoria del franquismo, son las dos grandes pruebas que el presunto patriotismo constitucional español no ha

podido superar hasta la fecha. Cosa que le desconecta automáticamente, según Lacasta, de antecesores ilustres como Pi i Margall o Azaña, quienes llevaron al nacionalismo español por otra senda, la republicana, más abierta, más comprensiva y positiva.

Este libro deja unos cuantos cabos sueltos, como no puede ser de otra forma dado que su objeto es la crítica de la España uniforme y desmemoriada y dado que no pretende ser un tratado sobre los fundamentos del patriotismo constitucional español; unos cabos que tal vez permitan llevar más lejos aún una reflexión oportuna sobre la identidad democrática y nacional española, si se tira de ellos expresamente. La conexión entre sí de las diversas ramas del nacionalismo español: carlistas, integristas, liberales, republicanas, federalistas, falangistas, etc., en virtud de su mutua dependencia de una tradición común heredada es un ejemplo, entre otros, de esos cabos sueltos. Esa conexión existe, igual que existe en todo el nacionalismo vasquista respecto a la propia tradición vasca, y merece una exploración más detenida. Como también la merece, creo, y es otro ejemplo, el asunto de la influencia de la tradición en la definición “objetivista” de la nación española; asunto que revela cuando se entra en él, dicho sea de paso, que los argumentos sustanciales de esa definición los comparte mucha y muy diversa gente: aparte de los Ortega y José Antonio Primo de Rivera, quienes se sirven de ellos para definir la nación española, están igualmente presentes en todos los nacionalismos que responden al molde del romanticismo alemán, todos los *étnicos* dicho de otra manera, y se deja ver su huella poderosamente en las corrientes marxistas que se inspiran tanto en Bauer y en Kautsky como en Lenin y Stalin.

*Javier Villanueva*



**LARRAZA MICHELTORENA, María del Mar**  
**Aprendiendo a ser ciudadanos. Retrato socio-político**  
**de Pamplona, 1890-1923**

Pamplona : EUNSA, 1997. – 409 p. : gráf. ; 22 cm. –  
 (Colección Histórica ; 57). – ISBN: 84-313-1562-8

Entre 1985 y 1992 se produjo una auténtica eclosión de trabajos y estudios, de diverso calado y valor, sobre los procesos electorales de la Navarra de la Restauración. La mayoría de estos trabajos siguieron fielmente los modelos interpretativos que habían elaborado los Tusell, Romero Maura o Varela Ortega durante los años setenta, al igual que se venía haciendo en otros marcos provinciales. Pocos eran, sin embargo, los que tomaban en consideración las limitaciones de aquel modelo, especialmente en su aplicación a escala regional y/o provincial. Sin embargo, ya en los noventa, comenzaron a aparecer una serie de trabajos que pretendían ir más allá de la mera descripción, intentaban una aproximación a la explicación de las claves de la vida política y electoral navarra, y aportaban enfoques metodológicos que ya se habían ensayado con buenos resultados en otros espacios. Aparecen así cuestiones como el papel desempeñado por la Diputación, los intereses de los distritos, el análisis de la legislación o el estudio de las élites. Es en este contexto donde podemos situar la obra que aquí se comenta, síntesis de la tesis doctoral de María del Mar Larraza.